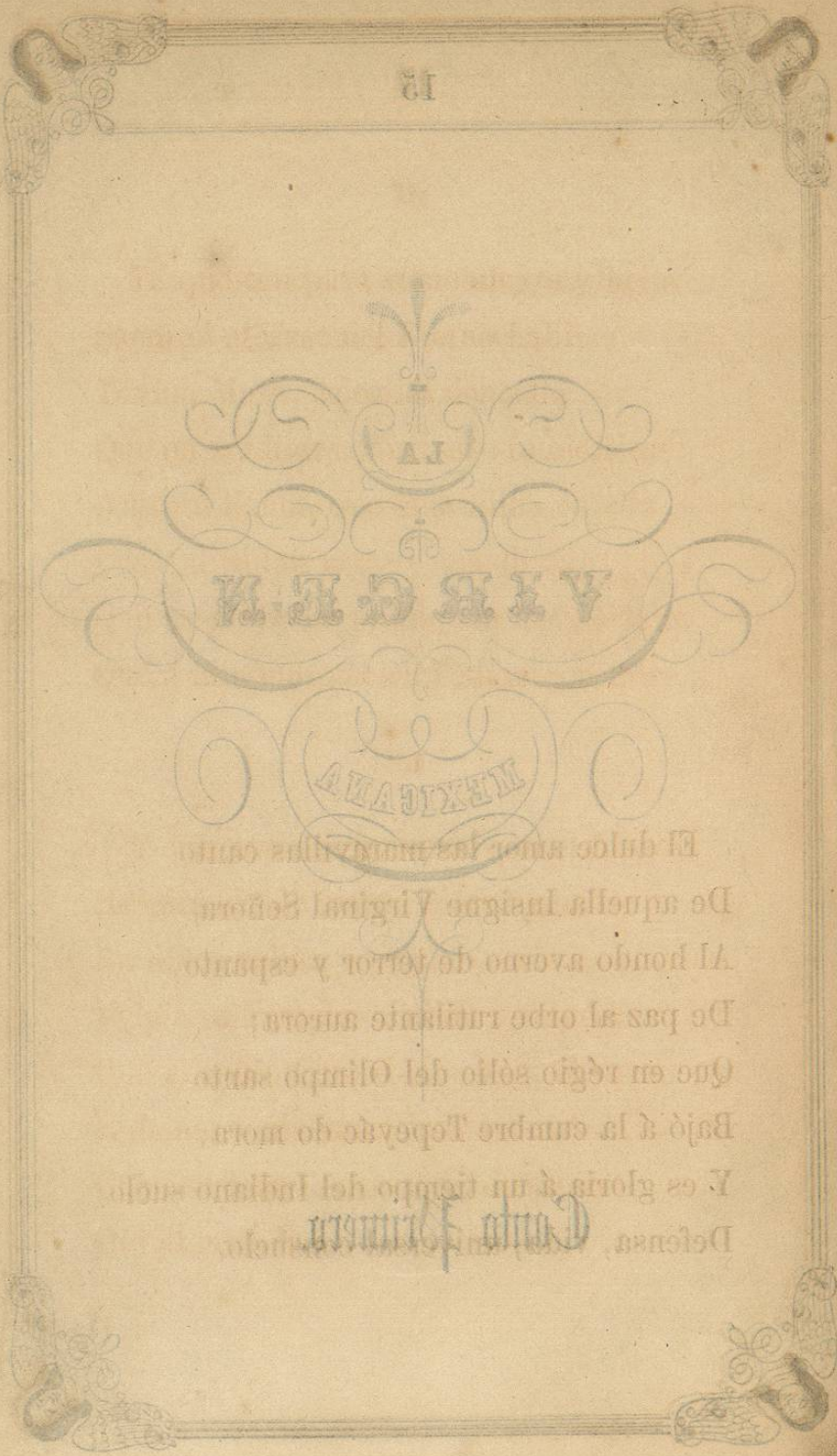


LA
VIRGEN
MEXICANA

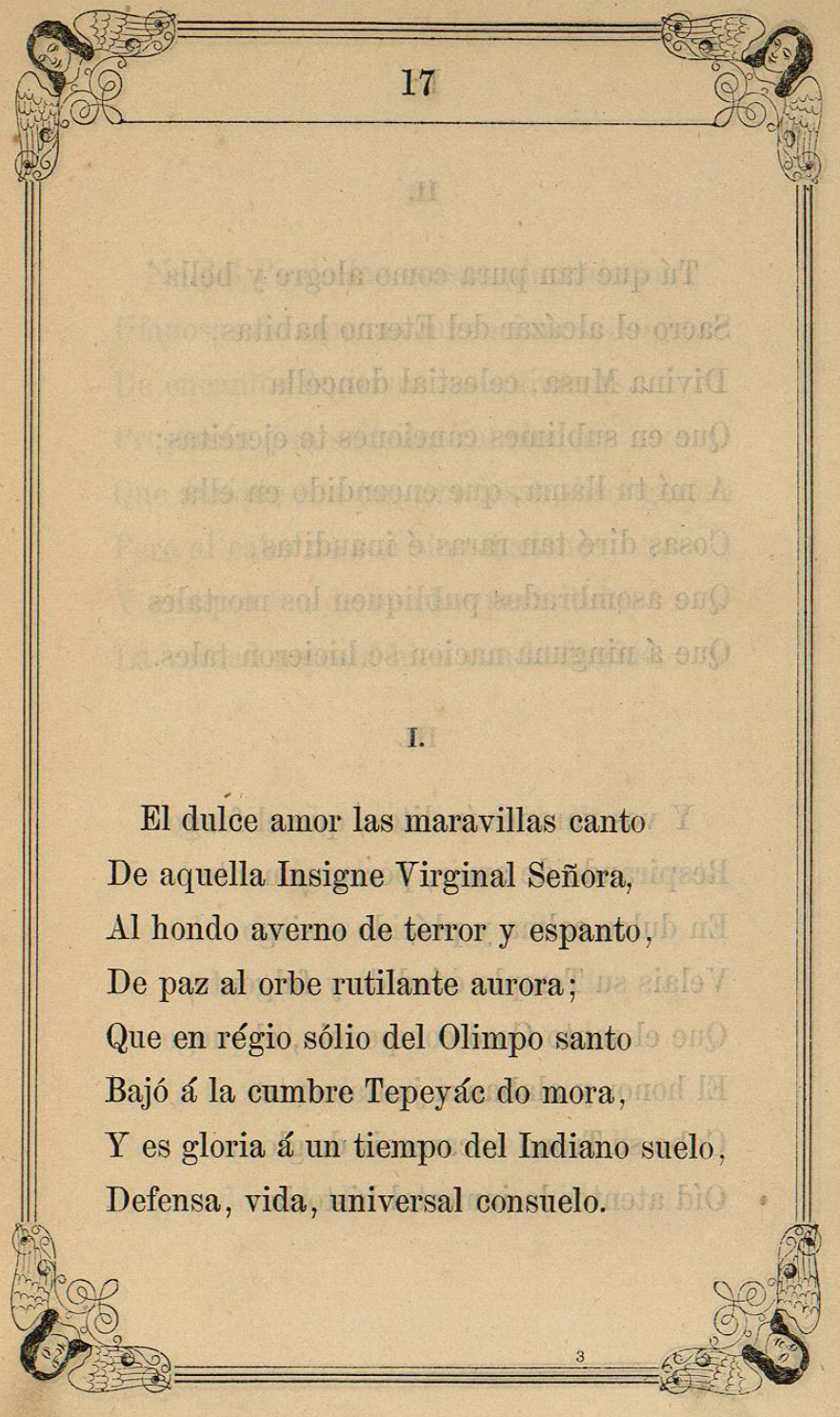
El dulce canto
De aquella insignia Señora
Al hondo averno
De paz al orbe rutilante aurora
Que en régio sello
Bajo á la cumbre
Y es gloria
Canto Primera.



VIRGEN

MEXICANA

Defensa, vida, universal consuelo,
Y es gloria á un tiempo del Indiano suelo,
Bajó á la cumbre Tepeyác do mora,
Que en régio sólio del Olimpo santo
De paz al orbe rutilante aurora;
Al hondo averno de terror y espanto
De aquella Insigne Virginal Señora,
El dulce amor las maravillas canto



II

Que á ninguna nacion se hicieron tales
Que asombrados publicen los mortales
Cosas que tan raras é inauditas
A tu te llaman, que escuchado en ella
Que en arbores canchones se ejecutan
Divina Musa, celestial doncella
Sacro el altar del eterno habitas
Tú que tan pura como alegría bella

I

El dulce amor las maravillas canto Y
De aquella Insigne Virginal Señora,
Al hondo averno de terror y espanto,
De paz al orbe rutilante aurora;
Que en régio sólio del Olimpo santo
Bajó á la cumbre Tepeyác do mora,
Y es gloria á un tiempo del Indiano suelo,
Defensa, vida, universal consuelo.

II.

Tú que tan pura como alegre y bella
 Sacro el alcázar del Eterno habitas,
 Divina Musa, celestial doncella
 Que en sublimes canciones te ejercitas;
 A mí tu llama, que encendido en ella
 Cosas diré tan raras é inauditas,
 Que asombrados publiquen los mortales
 Que á ninguna nacion se hicieron tales.

III.

Y vos varones ínclitos, que el fuego
 Respirando de amor, perennemente
 En dulce calma y plácido sosiego
 Velais su Templo cándido y fulgente,
 Que el santo Coro componeis, el ruego,
 El honor y alabanza juntamente
 Cabe su Trono encareceis de gloria,
 Oíd atentos la inmortal historia.

IV.

No del Pindo las musas placenteras;
 Ufanosas de amenas invenciones,
 De encantos fugitivos las quimeras
 Prestarán á mis fáciles canciones;
 Que aunque son tan graciosas, lisongeras,
 Pero al cabo no son sino ficciones;
 Y aunque sea de muchos permitido,
 La verdad no está bien con lo fingido.

V.

Si por eso decís que en la belleza
 No el núme iguala á mi grandioso intento,
 No faltará á mis versos gentileza,
 Ni variedad armónica á mi acento;
 Como aquella en que fiel naturaleza,
 En la tierra y el alto firmamento,
 Con voces tan sublimes cual sencillas
 Engrandece de Dios las maravillas.

VI.

Despues que el alto sólio esclarecido
 Del ínclito monarca mexicano
 Al cielo pareció que destruido
 Cayese á impulsos del valor hispano,
 Y que fuese á sus dioses sustituido
 El culto del Eterno Soberano,
 El sol décima vez en la alta esfera
 El fin tocaba de su anal carrera.

VII.

Era el Diciembre helado, y ni se vian
 De los fértiles campos los verdores,
 Ni en los gratos pensiles parecian
 En grupos bellos las pintadas flores;
 No los mansos arroyos discurrían
 Vocingleros de fáciles rumores,
 Ni triste lamentaba y desolada
 La dulce filomena en la enramada.

VIII.

De los boreales vientos sacudidos
 El monte, el valle, el anchuroso prado,
 Silenciosos yacian y ateridos
 Bajo el adusto Capricornio helado:
 Tal en la tierra de una vez perdidos
 Parecian los seres, y apagado
 El natal esplendor de la belleza
 Con que rie al mortal naturaleza.

IX.

Era el tiempo no obstante prevenido
 Por el Señor del orbe Omnipotente
 Para obrar un prodigio nunca oido,
 En gloria suya y de la Indiana gente:
 Solo agraciado el Tepeyác, florido
 En medio del invierno, ricamente
 Debía aparecer, para en sus flores
 Dar al pincel divino sus colores.

X.

Aquellos que una mano portentosa
 En un grosero lienzo dispondria
 Con arte tal, tan bella y primorosa
 Que del tiempo venciese la porfia;
 Que despues de tres siglos, tan hermosa
 Como el primero afortunado dia,
 Intacta siempre y pura y sin mancilla
 Exprimiese la insigne maravilla.

XI.

Señal de paz entre el Señor del cielo
 Y los mortales tristes y abatidos;
 A los que gimen en amargo duelo
 Paz, luz y guia á los que van perdidos:
 Mas ¿cómo vino al mexicano suelo,
 Y cómo apareció con tan subidos
 Y esquisitos colores adornada,
 Y con tantos poderes agraciada?

XII.

¡Oh Musa celestial! Tú en cuya frente
 La aureola luce de una inmensa ciencia,
 Que en todo estás, y todo ves presente
 Del Ser Supremo en la divina esencia,
 Cuéntame el caso tú, ven, juntamente
 Mi pecho inflama, dame tu elocuencia,
 Y enséñame á decir de la manera
 Cual sueles tú, sublime y verdadera.

XIII.

Como va de la noche disipando
 El almo sol la sombra tenebrosa,
 En torrentes de fuego derramando
 Las luces bellas de su faz radiosa;
 Que parece que entonces despertando
 De algun pesado sueño, victoriosa
 La tierra se embellece enardecida
 Cobrando nuevo ser y nueva vida;

XIV.

Así en do quier sus vivos resplandores
Iba la antorcha de la fé estendiendo,
La negra obscuridad y los errores
De los gentiles pueblos desparciendo;
Y al recibir sus ciegos amadores
Tan rica luz, entonces renaciendo
A nueva vida, ufanos se mostraban
Y con noble ardimiento respiraban.

XV.

Mirábanse á su impulso juntamente
Sus dioses y sus templos derribados,
Los incensarios rotos igualmente
Y los súcios altares derrocados:
No ya el furor del ánimo inclemente
De impuros sacerdotes, avezados
A horrendos sacrificios, se nutria
Con sangre humana que á sus piés corria.

XVI.

Otros templos mas puros descollaban,
Y aunque á pequeño espacio reducidos,
Magestuoso el alcázar figuraban
Del Señor á quien eran erigidos:
En sus graciosas cúpulas brillaban
Los trofeos mas nobles y lucidos,
La Cruz de Aquel que poderoso y fuerte
Muriendo en ella debeló á la muerte.

XVII.

Altares mas preciosos consagrados
A su grandeza en su interior habia,
Do los gratos perfumes derramados
De olorosos inciensos recibia;
Do el Cordero que quita los pecados
Millares de ocasiones se ofrecia
Al Padre Dios, en holocausto eterno,
Vítima pura del amor mas tierno.